

“Ahora se desprende mi voz, ¡oh, tan honda campana...!  
 en círculos lejanos hacia un país de ausentes,  
 mientras dibuja el aire un rostro nuevo”.

El poeta no rompe su registro, aunque el estímulo pugne por irrumpir en sus sentidos atentos. El licor amoroso puede colmarlo, dejar llamas en su sangre; mas la palabra surge como tibio aliento de su embriaguez para ceñir la imagen y acariciarla. Poesía de la sangre embelesada por la luz de los ojos perseguidos, del beso que habrá de llegar como sol o lluvia en acto de bendición.

Esta intimidad de la poesía de Rafide en su calidez sensual y su limpidez lo define sin reticencias y lo aleja decididamente de influencias que pudieran conturbar su camino. Es fácil ascender hacia el misterio poético cuando se pisa sobre tierra iluminada, no importa qué soles la enciendan. La imagen propicia se entrega y se arregaza en el silencio para irse luego en vuelo inesperado de estrellas y de colores, entre la frescura del cielo y el cálido temblor de la mujer soñada, signo permanente y obsesivo de este “corazón transparente”.

“Presiento tu amor  
 en la marea altísima del aire.  
 Y oigo una voz de trémula música  
 en el agua sonámbula”.

LAUTARO YANKAS

<https://doi.org/10.29393/At391-44OAYM10044>

*De Otra Arcilla*, de GLORIA MONTALDO.

Editorial Zig-Zag, 1960.

En el liceo mixto de una pequeña ciudad sureña, se inicia como profesora Diana, joven pedagoga en castellano. Las diversas experiencias allí vividas durante algunos meses fecundan su afición literaria y la impulsan a darles forma novelesca.

Tal es el procedimiento autobiográfico empleado por Gloria Montaldo en “*De Otra Arcilla*”. Si se agrega que ella misma es profesora de castellano y que, como tal, se inició en Mulchén, nada cuesta suponer que la técnica autobiográfica no constituye aquí un recurso literario más o menos ficticio, sino que representa ante todo una manera de aproximarse más aún a la veracidad que la propia autora se exige: “Trataré de coordinar los hechos y contar las cosas como sucedieron”.

Por otra parte, la trama de la novela se desenvuelve dentro de un marcado tono confesional que no prescinde siquiera de los detalles superfluos, de la reproducción fotográfica, naturalista. Sólo contadas escenas introducen la duda de si son o no fruto de elaboración estrictamente imaginativa.

Por último, en la transcripción detallista y aparentemente fiel prevalece un ostensible propósito de reivindicación personal y desquite. La novelista busca menos la síntesis fecunda y honda de las situaciones planteadas que el proporcionar datos tendientes a explicar su particularísima participación en ellas.

Es decir, hay objetividad en la exposición de los hechos, pero objetividad muy superficial, "objetivismo" manejado y orientado por fines individualistas, llenos de arbitrariedades, resentimientos y prejuicios.

Al colocarse, entonces, como personaje principal; al dar forma a experiencias propias y al utilizar un realismo ingenuo, naturalista, Gloria Montaldo no sólo describe, se describe también, y expresa, directamente o por contraste, su manera integral de ser y de pensar. Especialmente los diálogos, reproducidos en forma literal hasta la puerilidad, repetidores de conversaciones carentes muchas veces de significación, permiten que la autora deje al descubierto su exacta vertebración ideológica y afectiva.

¿Cuáles son las características esenciales de esta vertebración? Antes, ¿cuál es el aludido propósito reivindicativo y de desquite que anima a Gloria Montaldo?

"De Otra Arcilla" es un relato concebido, desde el título hasta la última página, con el objetivo de estigmatizar la mezquindad frustradora de la vida pueblerina; pero, particularmente, con el propósito de verter todo el desprecio incubado por la protagonista contra hombres y mujeres del pueblo donde tanto sufrió.

¿Se trata, por ventura, de seres infernales, inhumanos, que se agitan monstruosamente en un maldito rincón del territorio chileno?

Nada, nada de eso. Se trata de hombres y mujeres idénticos a los que existen en todos los pueblos de Chile y del mundo entero. Pero ocurre que Gloria Montaldo quiere convencernos de su vulgaridad, su ignorancia, su mediocre existencia: profesores improvisados, autoridades imbéciles, campesinos brutos, sucios y analfabetos, mujeres corrompidas, etc. Y, en medio de tanta bazofia, ella, Diana, la narradora-protagonista, resistiendo heroica, refinada, exquisitamente las salpicaduras de semejante lodo; porque ella, al fin y al cabo, es "de otra arcilla", una escritora, un ser superior: "La historia puede parecerse a otras; el pueblo, a muchos otros pueblos; la gente, a la de todas partes; pero yo no me parezco a nadie".

¿De dónde nace tanta soberbia, y tanto odio, tanto desprecio? El proceso no deja de ser complejo, a pesar de su tipicidad: hogar burgués o pequeñoburgués, formación desvinculada de la realidad, educación falseadora, prejuicios aristocratizantes y artistoides, todos los elementos, en fin, que hacen de muchas mujeres verdaderas Emas Bovary en potencia.

El hilo argumental no es complicado: una mujer de tales características se enamora de un hombre que nada ofrece de particular. Sin embargo, la sume en las alternativas confusas, penosas y, a menudo, grotescas, de un primer amor encontrado a una edad en que normalmente

toda mujer ostenta ya cierta trayectoria de este género. Por eso, aunque la narradora procura achacar al hombre la culpabilidad de sus sufrimientos, lo cierto es que el lector queda pronto convencido de que él, sencillamente, terminó por aburrirse, comprendiendo que lo más inteligente era darle calabazas.

Es decir, a pesar de los esfuerzos que la autora realiza para relevar la medianía mortificante de su casi novio y la de los que la rodean, sólo consigue hacer evidente su propia mediocridad, su abrumadora insulsez, sus idealizantes y superficiales concepciones de las cosas y los seres.

Léanse las siguientes líneas de las páginas iniciales:

"Pasé al comedor y me senté junto a una mujer delgada, vestida de negro, que iba con un niño de diez años. No me agradó su rostro de viuda desolada ni intenté hablar con ella... Sería de un pueblo sin fisonomía, viviría en una casa vieja y tendría una chacra. ¡Qué vulgaridad! Ni sabría la pobre que había existido García Lorca..."

¡Diablos! —piensa el lector. ¿No será demasiado fuerte la ironía de Gloria Montaldo contra Diana, su personaje, al atribuirle tales reflexiones? ¿No exagera la novelista al adjudicarle la creencia de que el conocimiento de García Lorca la eleva a regiones superiores?

No señor. No ironiza ni exagera. Eso es lo que piensa efectivamente Gloria-Diana, ése es su modo o su módulo para mirar a las personas.

A lo largo de toda la novela la narradora busca, en efecto, exaltar su propia "cultura", su "sensibilidad", que no es más que arribismo intelectual, barniz universitario, sensibilidad epidérmica.

El relato termina así:

"Ya era hora de subir al tren.

"Abracé a Miss Florcita y a don Baldomero. Le tendí la mano a Sabino y subí al carro.

"De arriba les dije adiós a los niños. Ya el tren iba a partir.

"Comenzaron a gritar:

"—¡Tres copihues rojos por la señorita Diana!

"—Copihue.

"—Rojo.

"—Copihue.

"—Rojo.

"—Copihue.

"—Rojo.

"El tren se puso en marcha.

"—¡Adiós! ¡Adiós!

"—Adiós señorita!

"Salía el tren de la estación y se oía ahora:

"—Copihue.

"—Blanco.

"—Copihue.

"—Blanco.

”—Copihue.

”—Blanco.

”Sonreí con serenidad. El tren se alejaba ya del pueblo...”

¿Qué tal?

YERKO MORETIC

*El indio en la novela de América*, de AIDA COMETTA MANZONI,

Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960. 104 págs.

Tres libros ha consagrado Aída Cometta Manzoni al indio de América hispana y su proyección en nuestras literaturas. La tesis que dirigió don Pedro Henríquez Ureña, *El indio en la poesía de América española* (Buenos Aires, 1939); *El problema indígena en América* (Buenos Aires, 1949) y, como culminación de dos decenios de preocupaciones indigenistas, este reciente panorama —no pretende ser otra cosa, dados su extensión y la forma en que autores y producción se estudian—, que viene a complementar, en su ámbito cronológico, el libro de Concha Meléndez dedicado al indio, desde sus primeras apariciones coloniales, hasta *Aves sin nido* (Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica* (1832-1889), Madrid, Hernando, 1934, 199 pp). Aunque en la última obra de Aída Cometta es imposible señalar un criterio monográfico riguroso —se trata de un ensayo informativo—, sería injusto soslayar el reconocimiento a una devoción demostrada con largueza.

Desde el sermón de Fray Antonio de Montesinos, protesta que se remonta a los primeros años del siglo XVI, nuestros escritores, así peninsulares como continentales, han hecho de la causa india motivo central de su tarea. A través de las vicisitudes de los ‘ismos’, desde las primitivas crónicas, hasta el ensayo, la poesía y la narrativa contemporáneos, pocas figuras como la del indio han conquistado con semejante intensidad y simpatía, plumas humanitarias, militantes o combativas. Pocos dramas, asimismo, podrían tocar tanto, y tan adentro, la sensibilidad del hombre de letras —y del artista, en general—, como el de esa criatura expoliada y sujeta a todos los vaivenes de una suerte llena de mancillas. La gama entera del dolor humano ha sido escrita sobre esa piel injustamente martirizada por políticos, militares y terratenientes. Ni siquiera de quienes debieran distribuirla con mano generosa, han recibido los indios piedad o ayuda, lo que explica, en parte, la actitud combativa y áspera de muchos escritores indigenistas que, exagerando a veces hasta la caricatura, han creído aliviar existencias miserables y dolores sin posible cuento. “Si mi pluma tuviese don de lágrimas —afirmó el gran Montalvo— yo escribiría un libro llamado *El indio* y haría llorar al mundo”. No le faltaba razón. Desde sus días, son muchos los que han dejado testimonio de su “yo acuso”, sin que ello aportara variación fundamental para el indio en los países en que es más agudo el problema.